



UN GRAN SABIO MEXICANO DEL SIGLO XVII.

DON CARLOS DE SIGÜENZA Y GÓNGORA.

Artículo publicado en *Hispania*, Vol. X, No 6, diciembre de 1927, por

IRVING A. LEONARD,

DE LA UNIVERSIDAD DE CALIFORNIA,

y ahora traducido al castellano por

MANUEL ROMERO DE TERREROS.

Un libro texto¹ relativamente reciente, que trata del México Colonial, nos informa, en un capítulo dedicado a las letras mexicanas, que hubo tres prominentes figuras de importancia literaria en aquella época de la historia de México. Fueron éstas don Carlos de Sigüenza y Góngora (1645-1700), Sor Juana Inés de la Cruz (1651-1695) y Ruiz de Alarcón (1581-1639). La poetisa y el dramaturgo son demasiado conocidos para ameritar mayores comentarios; pero quizá sea menos fácil recordar la vida del primero. Si hojeamos los manuales de literatura española de uso corriente,² no encontraremos noticias de importancia acerca de este personaje que, en la historia de la literatura mexicana, se coloca al par de Sor Juana Inés y de Ruiz de Alarcón, aunque en los tratados de la literatura de la Península sí se encuentran numerosas noticias referentes a estos dos conocidos autores. Esto nos induce a reunir mayores datos acerca de este relativamente desconocido individuo que, al parecer, se codea con tan excelsos personajes.

A pesar de cierta tendencia a repetirse las unas a las otras, las diversas autoridades que tratan de la materia, están convincentemente acordes en conceder un alto valer a este autor, no sólo como un hombre de letras, sino especialmente como hombre de ciencia y pensador. Menéndez y Pela-

yo³ le llama "un varón de los más ilustres que ha producido México", y agrega que "la aparición de tal hombre en los días de Carlos II basta para honrar a una Universidad y a un país". Las actividades intelectuales de Sigüenza fueron tan numerosas como variadas y en casi todas sobresalió. Es sumamente dudoso que haya existido en parte alguna del Nuevo Mundo, inclusive en las Colonias inglesas, un contemporáneo que lo igualara. La diversidad de sus aficiones, el alto grado de perfección que en todas ellas alcanzó, y su prolífica actividad literaria lo señalan como uno de los más grandes eruditos del siglo XVII en el hemisferio occidental. Si su genio hubiera actuado en la más favorable atmósfera de Europa, es probable que su nombre no hubiera caído tan rápidamente en el olvido a que las posteriores centurias lo relegaron.

Como poeta y filósofo tenía verdaderos méritos, pero sus composiciones poéticas, como su *Primavera Indiana*, poema en setenta y nueve octavas reales, adolecen de las extravagancias que estarán siempre asociadas con su homónimo Góngora. Menéndez y Pelayo, al citar este poema, dice "Pueden verse algunas muestras, que quitan las ganas de leer lo demás",⁴ opinión con la que pocos no estarán de acuerdo. Hasta las obras en prosa de Sigüenza delatan la inconfundible influencia del gongorismo que, en la segunda mitad del siglo XVII, había llegado a su mayor extravagancia. Y esto es verdad, a pesar de sus aseveraciones en contrario en el *Prólogo al Lector* de su *Parayso Occidental*.⁵ Refiriéndose a dicha tendencia literaria declara lo siguiente.

"Por lo que toca al estilo gasto en este libro el que gasto siempre: esto es, el mismo que observo quando converso, quando escribo, quando predico; así por que quizás no pudiera executar lo contrario si lo intentase, como por saber haver perdido algunos tratados por su lenguaje horroroso, y nimio lo que merecían de aplauso por su asunto heroyco. El escribir de una defunta el que en vez de mostrar pálidas tristezas, o marchitas perfecciones se sonroseaba de rojos colores, o coloría de rosas carmesíes, las cuales alindaban, más de lo que puede encarecerse, la cara apacible de la difunta yerta, y servir todo este circumloquio para dezir el que conservaba despues de la muerte los mismos colores que quando viva, que otra cosa es sino condenar un Autor su libro (y mas formandose todo el de semejantes períodos), a que jamás se lea; no queriendo tan mal a este mío, que guste ver por el lo que de otros dicen, aseguro el que se hallaran los horizontes, las estrellas, y los colores en los Autores que escriben de esfera; en los Lapidarios los chrysolitos, los topacios, y los carbunclos: los ambares, y almizcles en los Guanteros: los jazmines, los claveles, y mirasoles en los jardines, y todo esto con mucho mas en los que se presumen imitadores de Fray Hortensio Paravicino, y Don Luis de Góngora, y como quiera que no es esto lo que se gasta en las comunes platicas, debiendo ser el estilo que entonces se usa el que se debe seguir quando se escriben historias, desde luego afirmo el que ne se hallará el cathalogo de essas cosas en la presente, porquese que es este el escollo en que peligran muchos."



El sabio polígrafo Don Carlos de Sigüenza y Góngora.

Desgraciadamente, nuestro digno erudito tropezó de vez en cuando, en el mismo escollo, y su laudable intención de llamar al pan, pan y al vino, vino, sin ambages, no fue siempre fielmente cumplida en sus escritos. Ni alcanzó siempre su redacción el ideal de claridad y sencillez que pretendía perseguir. En una carta, manuscrita e inédita, ⁶ a cierto Almirante Andrés de Pez, dice, al referirse a la celebración del matrimonio de Carlos II con doña Mariana, que se encendieron tantas velas en la ciudad de México, que la noche se tomó por día, y luego agrega: "*Mucho más que esto fueron los fuegos que ya en otras tres continuadas noches con la pensión de perecer por solos lucir dejaron sin esperanza de otra inventiva a su industrioso artífice.*" Como su famosa contemporánea, Sor Juana Inés, su genio no pudo siempre elevarse por encima de las costumbres literarias que en su tiempo prevalecían y contra las cuales arremete en su *Prólogo al Lector*. Estas mismas aficiones literarias parecen haberlo puesto en contacto con la gran monja, quien le dedicó una de sus poesías ⁷. A la muerte de ella, en 1695, Sigüenza rindió alto tributo a su memoria en su *Filologio fúnebre de la célebre poetisa, Sor Juana Inés de la Cruz*.

La fama de Sigüenza tiene más sólido fundamento en su notable habilidad como matemático e historiador. Sus éxitos en la astronomía y ciencias afines le conquistaron renombre, no solamente en la Nueva España, sino también, allende el mar, en la madre patria y hasta en Francia, cuyo Rey Luis XIV, impresionado por la profunda erudición de este gran sabio del Nuevo Mundo, lo invitó a la corte francesa, ofreciéndole el aliciente de pensiones y honores. Pero don Carlos rehusó con modestia tan gran distinción, prefiriendo el título de "Cosmógrafo del Rey," que Carlos II de España le concediera.

Sus escritos más extensos tratan de asuntos históricos, especialmente de la historia primitiva de las tribus aborígenes y de sus migraciones antes de la llegada de los conquistadores españoles. Hacia fines del siglo XVII se despertó un tardío interés por la historia del México precortesiano, que yacía en olvido hacía más de siglo y medio. En este movimiento tomó Sigüenza parte muy prominente y fué probablemente la mayor autoridad de su tiempo en la materia. Llegó a estar versado en las lenguas de los aborígenes e hizo un profundo estudio de las antigüedades de los indios, algunas de las cuales coleccionó por sí mismo y otras logró obtener ⁸ del erudito indio Fernando de Alba Ixtlilxochitl, descendiente de los antiguos reyes de Texcoco. Como resultado de sus investigaciones arqueológicas, Sigüenza se comprometió a escribir una historia completa del antiguo imperio de los Chichimecas, procurando trazar sus migraciones y su desarrollo. Aprovechó sus grandes conocimientos astronómicos para interpretar las fechas de los sucesos de los indios, que descifró de sus monumentos de acuerdo con el calendario cristiano. Desgraciadamente, la mayoría de estas obras se ha perdido, aunque quedan algunos fragmentos. El viajero italiano Gemelli Careri, en su libro titulado *Giro del Mondo*, ⁹ rinde homenaje al gran talento de Sigüenza y hace constar su agradecimiento por noticias que éste le proporcionó. Sigüenza

hizo también anotaciones críticas a la obra histórica de Bernal Díaz del Castillo, pero de ellas solamente quedan algunos fragmentos.

Tal vez el ejemplo más notable de la vasta erudición de don Carlos fué la polémica que sostuvo sobre la naturaleza de los cometas. Fué el comienzo de la lucha entre la ciencia y la superstición, en una época en que la astrología todavía preocupaba a Europa, y hace alto honor al valiente pensador, que, elevándose por encima de la ignorancia de su tiempo y a pesar de vivir dentro de una atmósfera casi herméticamente cerrada a las ideas científicas que empezaban a extenderse por Europa, rodeado de teólogos dogmáticos, pudo contemplar estos fenómenos naturales de manera enteramente racional y hasta moderna. Típico, quizás, de la profunda ignorancia que entonces prevalecía en la Nueva España, fué el tratado que en 1680 publicó un Doctor y Catedrático de la Real Universidad de México, inspirado en la entonces reciente aparición de un cometa. El título del folleto fué *Discurso cometológico y Relación del nuevo cometa*, en el cual el autor sostenía que el cometa estaba formado de las exhalaciones de los cadáveres y de la transpiración de los hombres!

A fines de 1680 y principios de 1681 apareció un hermoso cometa que fué visible en México. Esta aparición celeste hizo concebir a la mente del pueblo y también a la de los doctos, terribles presentimientos de próximos desastres. Para calmar estos temores Sigüenza publicó su *Manifiesto Filosófico contra los cometas despojados del imperio que tentan sobre los límites*. Un caballero flamenco, llamado Martín de la Torre, que residía en Campeche, impugnó a Sigüenza en el folleto titulado *Manifiesto Christiano en favor de los cometas mantenidos en su natural significación*. Sigüenza replicó con otro tratado, que lleva el imponente título de *Belerosfonte Matemático contra la chimera astrológica de Don Martín de la Torre*. Para un investigador moderno parecerá que tan pomposo, para no decir tonante, título acallaría como con un cañonazo la oposición más audaz; pero era solamente que don Carlos se dejaba influir por el mal gusto de su época.

En esta polémica terció un formidable antagonista en la persona del Padre Kino,¹⁰ natural de la Provincia austriaca del Tirol, que de universidades europeas había venido a México. El recién llegado estaba destinado a desempeñar una gran empresa espiritual en el Noroeste de México y en el Suroeste de los Estados Unidos. Kino gozaba de gran renombre en Europa como matemático y era en verdad adversario de importancia. Pero Sigüenza, sin temor alguno, lanzó su *Libra Astronómica*, en que parece haber derrotado al Padre Kino. Esto, sin embargo, no impidió que se estableciera estrecha amistad entre ambos pensadores.

Hasta ahora poco se ha dicho de los primeros años de la vida de don Carlos. A pesar de la escasez y desacuerdo de datos, es casi seguro que nació en la ciudad de México el 15 de septiembre de 1645, siendo hijo de don Carlos de Sigüenza y de doña Dionisia de Figueroa. Su padre, hombre ilustrado, había sido en España profesor del Príncipe don Baltasar Carlos. A los quince años de edad, nuestro biografiado entró en el noviciado de jesuí-

tas y dos años más tarde hizo sus primeros votos en el Colegio de Tepoztlán.

A los diez y siete se hallaba tan versado en matemáticas, física, literatura y teología, que se le consideraba un portento. No se sabe por qué Sigüenza abandonó la Compañía después de siete años de pertenecer a ella. La mayoría de los autores sólo mencionan el hecho por encima, pero Ramírez aduce, fundándose en los documentos que se refieren a la separación de Sigüenza,¹¹ que ésta fué contra su voluntad. Esta teoría la rechaza Cuevas,¹² quien asevera que la palabra latina *dimissus* se tradujo erróneamente en *fué despedido*, siendo así que solamente significaba que don Carlos había recibido sus cartas de retiro.

Sigüenza pasó la mayor parte de su vida en la ciudad de México. Contaba solamente veintisiete años de edad, cuando fué nombrado Catedrático de Matemáticas en la Real Universidad establecida en la capital. Se sabe que durante muchos años fué Capellán del Hospital del Amor de Dios, en donde vivía estudiando en un retiro relativo. Fungió también de limosnero del Arzobispo Francisco Aguilar y Seijas y fué "corrector del Santo Oficio." Su gran erudición fue reconocida aun durante su vida y le conquistó la estimación y confianza de varios sucesivos virreyes. Solían pedirle consejo todos los altos dignatarios encargados del gobierno de la Nueva España. Especialmente en asuntos científicos se seguía generalmente su consejo tal como lo daba.

Después de las extraordinariamente copiosas lluvias de 1691, que dieron por resultado una de las frecuentes inundaciones de la capital, Sigüenza fué nombrado por el Virrey Conde de Galve, inspector del sistema de canales de la ciudad, con el objeto de precaver a ésta de las anuales amenazas de inundaciones. Sigüenza recomendó varias obras, que al fin se llevaron a cabo, y se le encomendó la tarea de hacer limpiar los antiguos canales y construir otros nuevos.¹³ Por este y otros incidentes se ve que Sigüenza no era solamente un recluso erudito sino también, cuando el caso lo requería, un práctico hombre de negocios; no era solamente un investigador de la historia antigua, sino que también tomaba parte activa en los acontecimientos de su tiempo.

En 1692, como resultado de las excesivas lluvias del año anterior, que destruyeron las cosechas, escaseó el maíz, especialmente en la ciudad de México. Esto, junto con otras causas, originó gran descontento entre el populacho de la capital, que culminó en un serio motín en la noche del 8 de junio. El populacho atacó el Palacio del Virrey y las Casas Consistoriales e incendió y destruyó buena parte de ambos edificios. Con no poco riesgo personal, Sigüenza pudo salvar gran cantidad de papeles y documentos importantes allí archivados, hazaña que requirió verdadero valor personal. Sus valerosos esfuerzos por salvar documentos históricos, rasgo típico del hombre, contrastan con la obra de aquel celoso Arzobispo Zumárraga, que hizo reunir y quemar tantos preciosos documentos aztecas poco después de la conquista. Como dice Ruiz,¹⁴ "Sigüenza era la inteligencia y Zumárraga el

fanatismo." Varias relaciones de este serio motín de los indios del 8 de junio de 1692, han llegado hasta nosotros, pero la mejor de todas las que se conservan es la del propio Sigüenza, en su extensa carta al Almirante Pez.

Las palabras que transcribe Ruiz, tomadas de un relato contemporáneo de la hazaña de Sigüenza en el incendio, tienen cierto sabor que las hacen dignas de repetirse aquí:

"La voz de que se quemaban las cosas de Cabildo llegó al retiro de Dn. Carlos de Sigüenza y Góngora, y este literato, honor de México, excitado del amor de las letras y de la patria, considerando que en un momento iban a ser consumidos por las llamas, los monumentos más preciosos de la historia antigua y moderna de los mexicanos, que se conservaban en aquel archivo, con sus amigos y alguna gente moza y denodada, a quien dió cantidad de dinero, partió para la plaza; y viendo que por las piezas bajas no era dable subir al archivo, pues el fuego las había ocupado, puestas escaleras y forzadas las ventanas, aquellos hombres intrépidos penetraron a las piezas, y aunque el fuego se propagaba en ellas, en medio de las llamas asiendo de aquí y de allí los códices y libros capitulares, los lanzaban a la plaza, en cuyo ministerio tan arriesgado continuaron hasta que no dejaron monumento de los que no habían sido devorados por el fuego."

No hay fundamento para creer que Sigüenza haya viajado extensamente; los datos que hay, más bien indican lo contrario. Ya hemos visto que este sabio no aceptó la halagadora invitación que le hizo Luis XIV para trasladarse a su corte; y en su carta al Almirante Pez se lamenta de que "*no he salido a peregrinar otras tierras (harto me pesa)*." ¹⁵ Parece que su viaje más largo lo hizo, cuando era miembro de una comisión geográfica, en 1693, en que llegó hasta la actual frontera de los Estados Unidos. Poco antes de dicha fecha, las actividades de los franceses habían causado bastante ansiedad a las autoridades españolas, tanto en la ciudad de México como en Madrid y se habían enviado expediciones en busca de los supuestos establecimientos de La Salle. Una de estas expediciones marítimas resultó en el nuevo descubrimiento de la Bahía de Panzacola, que en seguida se consideró lugar a propósito para establecer una plaza española. Como preliminar, se envió una expedición científica a las órdenes del Almirante Pez y de Sigüenza, para hacer un estudio de la región. Después de haber hecho un cuidadoso reconocimiento de la bahía y su vecindad, Sigüenza presentó un detallado e interesante informe, junto con un mapa notablemente exacto, ¹⁶ cuyo original se conserva hasta la fecha en el Archivo General de Indias de Sevilla.

No intentaremos dar aquí una lista completa de los escritos de este gran humanista y hombre de ciencia. Ya se ha dado una idea de la diversidad de su obra, de manera que nos contentaremos con hacer referencia a algunos otros trabajos suyos, de interés más o menos general.

En 1693 Sigüenza publicó su folleto *Mercurio Volante*, referente a los sucesos de la reconquista de Nuevo México. Un periódico del mismo título, que se publicó en 1772, ha sido confundido algunas veces con la obra de Sigüenza. ¹⁷

El Fénix del Occidente fué un curioso intento de identificar a la deidad azteca Quetzalcoatl con el Apóstol Santo Tomás, por medio de un estudio de las antiguas tradiciones y monumentos de la civilización indígena, que habían destruido los españoles. Este intento llamó la atención de muchos eruditos y teólogos del tiempo de Sigüenza y posteriores.

En 1691 dió a la prensa su *Trofeo de la Justicia española contra la perfidia francesa*,¹⁸ interesante relación de las dificultades y encuentros con piratas franceses en la isla de Santo Domingo.

Quizás una de las producciones de su fecunda pluma, que son más fáciles de leer, es *Los infortunios de Alonso Ramírez*¹⁹ que apareció por primera vez en 1690. Este pequeño volumen trata de las desgracias de un portorriqueño, que fué capturado por piratas cerca de las Filipinas. Después de sufrir grandes trabajos e indignidades a manos de sus captores, logró escapar y llegó al fin a la costa de Yucatán después de bogar solo y sin cartas de marear en un pequeño bote. De esta manera completó las circunnavegación del globo. Esta relación de aventuras puede equipararse con las epopeyas de Cabeza de Vaca, Serrano, Orellana y otros aventureros españoles.

Poco se sabe de los últimos años de la vida del sabio, excepto que el Virrey y demás autoridades seguían pidiéndole consejos en cuestiones de Estado. Por una controversia que se suscitó en 1699 acerca de la conveniencia que presentaba la bahía de Panzacola para un establecimiento español sabemos que Sigüenza sufría tan intensamente, probablemente de piedra en la vejiga, que no sólo le era excesivamente doloroso, sino aún peligroso el moverse. No podía montar a caballo ni andar en coche, a causa de los dolores que ambas cosas le producían; y se sabe que el Virrey tenía la consideración de hacerle abrir la puerta del jardín, siempre que llamaba el gran erudito, para que éste tuviera menos distancia que recorrer desde su residencia en el Hospital del Amor de Dios al cercano Palacio Real.²⁰

Como la mayoría de los hombres de gran saber, no había amasado fortuna alguna, ni siquiera moderada. Un año antes de su muerte escribía: "*Estoy más viejo y más pobre, pues no pasan de dos mis camisas.*" Su biblioteca, "*que en su línea es la mejor del Reino, instrumentos matemáticos en abundancia, excelentes anteojos de larga vista, relojes de péndulo y algunas pinturas de toda estima, cuyo valor pasa de tres mil pesos,*" constituían su única riqueza tangible.²¹

Se ha discutido acrememente acerca de si Sigüenza volvió a entrar en la Compañía de Jesús antes de su muerte, ocurrida en 22 de agosto de 1700, a los cincuenta y cinco años de su edad, afirmando y negando tal cosa respectivamente, los adictos y los contrarios a dicha Orden religiosa. Pero parece cosa cierta que Sigüenza legó a la Compañía unos veintiocho volúmenes de papeles y manuscritos que él había escrito o coleccionado. Desgraciadamente, poco de este precioso material ha sobrevivido a los estragos del tiempo y al descuido de los pósteros. No parece sino que se realizó con demasiada exactitud la triste profecía del sabio de que mucha de su obra había de perderse inevitablemente. Por fortuna, quedan algunos fragmentos, que

prueban que don Carlos de Sigüenza y Góngora fué uno de los grandes humanistas, así como uno de los grandes hombres de ciencia de su tiempo, especialmente en el Nuevo Mundo. Brilla como una lumbrera entre las sombras de ignorancia y superstición que cobijaban a la inmensa mayoría de sus contemporáneos.

NOTAS:

- 1 *México Virreinal*, por Manuel Romero de Terreros y S. L. Millard Rosenberg. p. 15.
- 2 *Literary History of Spanish America*, A. Coester, dedica como una página a Sigüenza y Góngora.
- 3 *Historia de la Poesía Hispano-Americana*, D. Marcelino Menéndez y Pelayo, I. 69-70.
- 4 *Ibid.* p. 70, nota I.
- 5 Parayso Occidental, etc. México. 1684.
- 6 Carta al Almirante, MS. intitulada "Alboroto y Motín de los Indios de México." fechada el 30 de agosto de 1692. p. 12. Copia firmada de este manuscrito existe en la Biblioteca Bancroft, de la Universidad de California. (Aunque esta carta se considera inédita, Cabrera Quintero, en su *Escudo de Armas de México*, dice que se publicó en Madrid en 1693.—N. del T.)
- 7 Reimpresión en Beristáin y Souza. *Biblioteca Hispano-Americana Septentrional*. III. 144-45.
- 8 La mayoría de las autoridades asegura que Fernando de Alba Ixtlilxóchitl legó un gran número de escritos y mapas simbólicos a Sigüenza (Beristáin y Souza, obra cit., III. 143) pero Andrade (*Ensayo Bibliográfico Mexicano del Siglo XVII*, p. 717) escribe: "Si hubieran visto esta partida (de bautismo de don Carlos de Sigüenza y Góngora) los que han escrito que heredó de Don Fernando de Alba Ixtlilxóchitl, muerto éste entre 1648 a 1651 (V. al P. Florencia en su *Estrella del Norte*, Cap. VII, pág. VIII) jamás habrían asentado semejante conseja, pues nacido Sigüenza en 1645, es inverosímil que el historiador dejara a un niño de 3 a 6 años sus papeles!"
- 9 *Giro del Mondo del Dotoor D. Gio. Francesco Gemelli Carreri*, Napoli, 1721. Parte sexta.
- 10 Véase la introducción a *Kimo's Historical Memoirs of Pimeria Alta*, por H. E. Bolton, 2 vols., (Cleveland, 1919).
- 11 J. F. Ramírez. *Adiciones y Correcciones*, México, 1898, p. 541.
- 12 P. Mariano Cuevas, S. J., *Historia de la Iglesia en México*, I. 277, nota 6.
- 13 Carta al Almirante. MS. p. 23.
- 14 En *Hombres Ilustres Mexicanos*, Eduardo L. Gallo, editor. II. 352.
- 15 Carta al Almirante, p. 11.
- 16 Reproducida en *Spanish and French Rivalry in The Gulf Region of the United States*. 1678-1702, por W. E. Dunn, p. 160.
- 17 H. I. Priestly, *The Mexican Nation, A. History*, p. 108.
- 18 Mencionado en la carta al Almirante, p. 6.
- 19 Reimpreso en *Colección de libros raros y curiosos que tratan de América*, Tomo XX, Madrid, 1902.
- 20 "Sigüenza y Góngora," artículo por Alfredo Chavero en *Anales del Museo Nacional*, III (1882-1886,) p. 267.
- 21 *Ibid.* p. 267.